

## MAQUIAVELO Y EL REALISMO POLÍTICO

Roberto Cañas Quirós

### MAQUIAVELO: VIDA E INFLUENCIA

Niccolò Machiavelli, nacido en Florencia el 3 de mayo de 1469, desempeñó diversas misiones políticas y diplomáticas, una vez que se proclamó la República en Florencia en 1498. Fue secretario de la segunda cancillería encargada de los Asuntos Exteriores y Guerra de la República, aunque para algunos fue un puesto de poca importancia. En el transcurso de sus misiones diplomáticas dentro de Italia conoció a muchos gobernantes italianos, y tuvo ocasión de estudiar sus tácticas políticas, en especial las de César Borgia, que en aquella época trataba de extender sus posesiones en Italia central. En 1512, cuando los Medici recuperaron el poder en Florencia y la República se desintegró, Maquiavelo fue privado de su cargo y encarcelado durante un tiempo por presunta conspiración. Después de su liberación, se retiró a sus propiedades cercanas a Florencia, donde escribió sus obras más importantes. En ese entonces, Maquiavelo dedicó a Lorenzo de Medici, duque de Urbino, *El Príncipe*, escrito en 1513, con la intención de recobrar su favor y de exhortarlo en la empresa de unificar Italia y levantarse contra los bárbaros o extranjeros. Sin embargo, Maquiavelo nunca volvió a ocupar un cargo destacado en el gobierno. Cuando la República volvió a ser temporalmente restablecida en 1527, muchos republicanos sospecharon de sus tendencias a favor de los Medici y murió en Florencia, el 21 de junio de ese mismo año.

La debilidad de los Estados italianos lleva a Maquiavelo a la redacción del *Príncipe*,

donde se fundan los pilares de la ciencia política moderna. Esta obra no puede ser considerada como un simple recetario dirigido a Lorenzo de Médicis, que probablemente ni siquiera lo leyó. La trascendencia que ha suscitado en el pensamiento occidental es descrita por Chevallier (1972, 35) en los siguientes términos:

*La fuerza corrosiva del pensamiento y del estilo de Maquiavelo sobrepasó infinitamente el objeto del momento. Por haber puesto de relieve tan crudamente el problema de las relaciones entre la política y la moral; por haber formulado «una escisión profunda, una irremediable separación» entre ellas, **El Príncipe** ha atormentado a la Humanidad durante cuatro siglos. Y continuará atormentándola, si no, como se ha dicho, «eternamente», al menos mientras que esta Humanidad no se haya despojado completamente de cierta cultura moral, heredada, en lo que concierne a Occidente, de algunos grandes antiguos, y, sobre todo, del cristianismo.*

Maquiavelo ha sabido penetrar profundamente en los mecanismos del arte de gobernar, tal y como se practicaba en su tiempo y, probablemente, en todos los tiempos. No obstante el destino de *El Príncipe* ha pasado del insulto y la excomunión, a la gloria y la imitación. A partir de la reforma protestante desencadenó un odio visceral en los sectores religiosos. Los ejemplos son innumerables: el cardenal de Canterbury, Reginald Pole, escribió que era una obra «escrita

por la mano del diablo»; el Papa Paulo IV, llamó a Maquiavelo un escritor «impuro y malvado»; la matanza de San Bartolomé en 1572, es denunciada por algunos protestantes como una «jugada florentina» aprendida en *El príncipe*; en el siglo XVI saltan los términos con connotación negativa: «maquiavélico», «maquiavelismo» y «maquiavelizar».

En el siglo XVIII, detonó una actitud antimachiavélica que fue utilizada como blanco de ataque de los ilustrados contra los monarcas. En cierta ocasión a los maestros de Luis XIV se les acusó de haberlo educado en la «religión del divino Maquiavelo». Aunque Rousseau haya dicho en el *Contrato social*, que Maquiavelo escribió *El príncipe* «fingiendo dar lecciones a los reyes y más bien se las dio muy grandes a los pueblos», en la práctica no ha sido de ese modo. Fue el libro de cabecera de Napoleón Bonaparte, quien incluso fue su comentarista; Benito Mussolini escribió: «Yo afirmo que la doctrina de Maquiavelo está más viva hoy que hace cuatro siglos»; mientras que el bolchevique y brazo derecho de Stalin, Roubachov, refiriéndose a la obra dijo: «No se ha dicho nada después verdaderamente importante sobre las reglas de la ética política».

### HUMANISMO HISTORICISTA

El humanismo de Maquiavelo no sólo se manifiesta a partir de su entusiasta admiración por la Antigüedad greco-latina, sino también en que ese retorno a los orígenes permite una visión inteligente y crítica de la existencia concreta y actual de los individuos actuantes en una realidad política nueva. Por eso Maquiavelo es el iniciador del *historicismo*, que reconoce en el pasado las fuerzas reales que permiten comprender y prever las situaciones actuales y futuras de la sociedad, y por eso supo enfocar los acontecimientos italianos con una sorprendente perspectiva histórica. El historicismo ha tenido una gran influencia en pensadores como Giambattista Vico (1668-1744), y en el siglo XIX, con el desarrollo del nacionalismo y las investigaciones realizadas por Dilthey y Mannheim. Por otra parte Maquiavelo

tiene el mérito, a partir de su tendencia historicista, de ser el padre de la moderna ciencia política. Ello porque supo enfocar los acontecimientos italianos desde una esclarecedora conciencia histórica, es decir, encuadrándolos desde la perspectiva de un observador agudo que evita dejarse arrastrar por reacciones emotivas.

En la obra que acabó en 1519, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Maquiavelo desde una óptica humanista expone una vuelta a los principios para su patria, como la única forma en que su comunidad puede renovarse y no caer en la decadencia. El retorno a los principios originales de un pueblo, es la mayor fuente de vitalidad y fuerza creadora. Ejemplos se encuentran en la Roma antigua, donde las derrotas eran ocasión para levantarse y hacer un llamado a las virtudes ciudadanas originales; o en el ámbito de la religión cristiana, donde San Francisco de Asís y Santo Domingo, con una vida consagrada a la pobreza voluntaria y a la imitación de la vida de Cristo, hicieron que el cristianismo recobrara su antigua fuerza. Ello lleva a considerar que la comunidad italiana, si pretende alcanzar su unidad y libertad, debe volver al ejemplo de la Roma republicana. Se trata, por consiguiente, de reconocer el significado de dicha historia, redescubirla en toda su autenticidad y extraer de ella todas las enseñanzas que encierra.

El estudio de la historia también es de vital importancia para el príncipe, quien debe aprender de los aciertos y desaciertos de los diversos personajes, a fin de realizarlos o evitarlos. El pasado frecuentemente suele repetirse, a raíz de que los hombres están movidos por sus intereses y ambiciones, y ello suscita formas de actuar históricamente similares. En tiempos de paz y ocio, estas son algunas de sus actividades:

*En cuanto al ejercicio de la mente, debe el príncipe leer historias, y en ellas considerar las acciones de los hombres ilustres, ver cómo se gobernaron en las guerras, examinar las causas de sus victorias y sus pérdidas, para poder evitar éstas e imitar aquéllas; y sobre todo debe, como hicieron ellos, escoger entre los antiguos héroes cuya gloria fue más celebrada un modelo cuyas hazañas y acciones estén siempre presentes en*

su ánimo: como se dice que Alejandro Magno imitaba a Aquiles, César a Alejandro, Escipión a Ciro (*El Príncipe* XIV, 5).

Cabe señalar que *El Príncipe* es la obra en la que se conjuga la carrera política frustrada de su autor en la que adquirió la «amplia experiencia de las cosas modernas», junto con la «continua lectura de las cosas antiguas». A Maquiavelo le interesa la descripción de la figura del príncipe, como el político que comprenda las circunstancias pretéritas y presentes de *manera realista*, y no basadas en formas de gobierno que no han conocido jamás la realidad:

Muchos han imaginado Repúblicas y principados que nunca vieron ni existieron en realidad. Hay tanta distancia de cómo se vive a cómo se debería vivir, que el que deja el estudio de lo que se hace para estudiar lo que se debería hacer aprende más bien lo que debe obrar su ruina que lo que debe preservarle de ella; porque un hombre que en todas las cosas quiera hacer profesión de bueno, entre tantos que no lo son, no puede llegar más que al desastre. Por ello es necesario que un príncipe que quiera mantenerse aprenda a poder no ser bueno, y a servirse de ellos o no servirse según las circunstancias (*El Príncipe* XV, 1).

Platón es el padre de esos que «han imaginado Repúblicas» en un mundo ideal, en el que el hombre no se pinta *como es* según el estilo maquiavélico, sino como *debería ser*. Dos años después de la publicación de *El príncipe*, en 1516, Thomas Moro da a luz su obra *Utopía*, la cual revitaliza el género literario de las utopías (del griego *ou*: carencia de, y de *tópos*, lugar), es decir, de representaciones de Estados inexistentes o de países que no están en ninguna parte. Tanto Platón como Moro reducen cualquier problema a cuestión de buena educación y cultura, partiendo de una alta consideración del ser humano como capaz de fundar sociedades modélicas. En la *República* (472c – e) de Platón, una vez que se ha descrito el Estado ideal, se hace la comparación con una pintura excepcional que ha trazado la figura del hombre de la mayor hermosura y perfección posibles, a pesar de no poder hallarlo fuera de esa cuadro maravilloso.

Maquiavelo no comparte esas «inútiles especulaciones», ni ese criterio de *humanidad*, y no porque él sea perverso o «maquiavélico», sino por su exhaustiva observación de las acciones de los hombres, que por regla general tienden más hacia el mal y, sobre todo, cuando se hallan inmersos en la actividad política.

La obra de Maquiavelo no hay que interpretarla como producto del cinismo, sino como lo que en cierta oportunidad Francis Bacon dijo: «Hay que agradecer a Maquiavelo y a los escritores de este género el que digan abiertamente y sin disimulo lo que los hombres acostumbran hacer, no lo que deben hacer».

El Renacimiento además de ser un retorno a la Antigüedad, es también un aprendizaje de sus aciertos y desaciertos, para incluso prever los signos de los nuevos tiempos. Conocer la historia significa aprender de los errores del pasado y, en consecuencia, numerosos acontecimientos suelen repetirse en diversas épocas. Por eso Maquiavelo investiga los hechos de los grandes hombres, a fin de que los gobernantes de su tiempo puedan conducirse de la forma más conveniente. La historia no tiene un valor en sí misma, es más bien un instrumento de lo político, una herramienta que encuentra cuáles son los patrones periódicos que permiten tomar las decisiones más acertadas. En palabras de Cassirer se describen los dotes del filósofo florentino:

*El era un gran historiador; pero su concepción de la historia era muy distinta de la nuestra. A él le importaba la estática, no la dinámica de la vida histórica. No le interesaban los rasgos particulares de una época histórica determinada, sino que buscaba los rasgos recurrentes, esas cosas que son iguales en todo tiempo. Nuestra manera de hablar de la historia es individualista, la de Maquiavelo era muy universalista (1974, 149).*

El humanismo renacentista no busca idealizar o rendir culto a una determinada época o a hombres individuales, tan sólo los asume como *modelos* para orientar su propia forma de vida. El humanismo italiano en principio de carácter *civil*, que busca la unificación patriótica de la

región fragmentada en ciudades y la restauración de las antiguas glorias de Roma, nunca logró en el plano político superar su situación conflictiva y precaria. Este tipo de humanismo cívico es el que más penetra en el pensamiento de Maquiavelo.

### EL PRÍNCIPE Y LA REALIDAD DE LO HUMANO ANTE EL PODER

La figura del *príncipe* de Maquiavelo sigue llamando la atención hasta nuestros días porque es el retrato fiel del político exitoso, que está más allá del bien y del mal, y que está envuelto en una realidad plagada de peligro y circundada por muchos malvados. Si el príncipe quiere obtener, conservar y ampliar el poder político debe, entonces, aprender a no ser siempre bueno, ya sea a serlo o a no serlo, «según la necesidad». Lo ideal es que el príncipe encarne todas las cualidades deseables y maravillosas, pero *la condición humana no lo permite*. Incluso un balance entre cualidades y defectos, entre virtudes y vicios, le podrían proporcionar su seguridad y bienestar. Este príncipe sabe distinguir entre el bien y el mal, y hasta se podría pensar que preferiría escoger el bien, pero no se puede sustraer ante la necesidad del Estado, que exige de él un comportamiento que no puede estar maniatado a los requerimientos de la perfección moral.

Otras consecuencias que se extraen del príncipe es que resulta beneficioso el que sea apreciado como una persona generosa, pero no hasta el extremo de caer en el lujo y que a la larga lo podría empobrecer perjudicando a sus súbditos. Pero tampoco debe ser reputado como avaro, porque cualquier cobro extra de impuestos a su pueblo puede ser juzgado como innecesario. Sin embargo, entre ser generoso y ser avaro es preferible este último, porque no hay nada que más arruine los Estados que el exceso de gastos.

Todo príncipe «debe desear ser temido por clemente y no por cruel», pero al mismo tiempo debe cuidar de no hacer un mal uso de esa clemencia. Una excepción era César Borgia, quien era considerado cruel, «pero su crueldad restableció la paz y extinguió las divisiones de

la Romaña». La crueldad es positiva si restituye el orden y unidad políticas, alejando el caos, el desorden y la delincuencia. Si la necesidad impone la crueldad del príncipe, esa es la mayor clemencia para el Estado. De ello hace surgir la pregunta en torno a la reputación del príncipe: *¿si vale ser más amado que temido, o todo lo contrario?* Ambas cosas son lo deseable, pero eso es difícil. Por eso resulta más seguro ser temido que amado. ¿Por qué? La naturaleza humana responde a ello:

*Porque de los hombres en general se puede decir esto: que son ingratos, inconstantes, hipócritas y disimulados, que huyen de los peligros y están ansiosos de ganancias; mientras les haces bien cuando la necesidad está cerca, ten son enteramente adictos, te ofrecen su sangre, su caudal, su vida y sus hijos; pero cuando la necesidad desaparece, se rebelan (El Príncipe XVII, 2).*

Los hombres tienen menos consideración en ofender a quien se ama que a quien se hace temer. El amor puede cambiarse por la utilidad propia y transformarse en ingratitud, mientras que el temor al castigo es un lazo que no suele romperse entre los hombres. El ser temido depende del príncipe, mientras que el ser amado depende del capricho de los súbditos, de manera que el poder político no ha de depender más que de sí mismo. Por otra parte, ser temido no significa en modo alguno ser odiado. El odio o desprecio es cosa grave porque promueve conjuraciones, y la receta para evitarlo es «si se abstiene de robar la hacienda de sus ciudadanos y de robar a sus mujeres». Tocarle el bolsillo y el honor a los súbditos conlleva un odio y una sed de venganza que se puede volver contra el gobernante que lo suscitó. Entre robar y matar es más fácil justificar lo primero, pero las personas suelen recordar con mayor dolor la pérdida de un capital que de un ser cercano. Por eso Maquiavelo recomienda al príncipe:

*Cuando le sea indispensable derramar la sangre de alguien, hágalo cuando exista justificación conveniente y causa manifiesta; pero, sobre todo, absténgase de tomar los bienes ajenos:*

*porque los hombres olvidan más pronto la muerte del padre que la pérdida del patrimonio (El Príncipe XVII, 3).*

A veces la crueldad es necesaria para mantener un ejército unido y dispuesto para la acción. Incluso alguien puede llegar al poder por medio de maldades, en lugar de ser por la fortuna o el valor. Sin embargo, no ofrecen ni belleza estética ni otorgan honor a sus protagonistas. La frase que se atribuye a Maquiavelo «el fin justifica los medios», no se cumpliría plenamente para los que emplearon medios atroces para llegar al poder. En la Antigüedad es el caso de Agatocles, hijo de un alfarero, el cual mediante un engaño hizo morir al Senado y a los hombres más ricos de Siracusa, apoderándose entonces del poder; en su época el caso de Oliverotto, quien se hizo dueño de Fermo asesinando a su tío materno y a los ciudadanos más distinguidos de la ciudad, invitados por él a un festín. Estas perfidias, sin embargo, Maquiavelo tiende a despreciarlas:

*No se puede llamar valor a matar a sus conciudadanos, traicionar a los amigos, y carecer de fe, de humanidad y de religión; estos medios pueden llevar a adquirir el imperio, pero no la gloria (El Príncipe VIII, 3).*

Pero no se crea que en Maquiavelo aflora una moral que determine la política, lo que establece es que tales actos tan abominables conducen a que los gobernantes nunca estén seguros ni en tiempos de paz ni de guerra, en su propia patria o en Estados extranjeros. En este sentido, la necesidad de redefinir el «bien» y el «mal» en la escala política, lleva a la reflexión sobre el buen y el mal empleo de las crueldades para conservar un Estado:

*Podemos llamar bien empleadas (si es lícito hablar bien del mal) a aquellas que se ejercen de una vez, por la necesidad de proveer a la propia seguridad, y en las que después no se insiste, sino que se convierten cuanto es posible en mayor utilidad de los súbditos; mal empleadas son aquellas que, aunque al principio sean pocas, con el tiempo aumentan rápidamente en vez de disminuir (El Príncipe VIII, 7).*

El nuevo príncipe debe practicar crueldades sólo cuando sea necesario y aplicarlas en bloque para no tener que volver a ellas en otras ocasiones y así ofender menos; los beneficios, a la inversa, «se deben hacer poco a poco, a fin de que se saboreen mejor». Lo bueno y lo malo desde la perspectiva moral, son expulsados de la esfera de la técnica política, donde los errores del príncipe son faltas se atribuyen ya sea a su impericia como político o a los imprevistos de la fortuna. Resulta impropio desde el punto de vista de Maquiavelo tildar de «criminal» al príncipe que actuó con «el cuchillo en la mano», porque esa es una categoría ética. Es más, si se habla de «clemente» tampoco tiene un sentido moral, pues habría que reconceptualizar el término remitiéndolo a un personaje hábil para granjearse de los demás esa imagen.

De aquí podemos saltar a la pregunta de si *¿es más digno de alabanza para un príncipe ser fiel a su palabra y ser siempre sincero?* Maquiavelo no tiene pelos en lengua para decir que la experiencia ha mostrado a príncipes que han hecho grandes cosas violando sus juramentos y promesas, imponiéndose con astucia a los demás y triunfando sobre aquellos que se apegaban a la lealtad. La crudeza de su pensamiento la acompaña —según la usanza renacentista— con un mito:

*Debéis, pues, saber que hay dos maneras de combatir: una con las leyes y otra con la fuerza; la primera es propia del hombre, la segunda lo es de los animales; pero, como muchas veces la primera no basta, conviene recurrir a la segunda. Por tanto, a un príncipe le es necesario saber hacer buen uso de una y otra. Esto es lo que con palabras encubiertas enseñaron a los príncipes los antiguos autores, los cuales escribieron que Aquiles y muchos otros príncipes de la Antigüedad fueron confiados en su niñez al centauro Quirón, para que los custodiara bajo su disciplina. Tener por preceptor a un maestro mitad bestia y mitad hombre no quiere decir otra cosa sino que un príncipe necesita saber usar una y otra naturaleza; y que la una sin la otra no es duradera (El Príncipe XVIII, 2).*

Las leyes representan la razón, la lealtad y la fidelidad, mientras que el elemento bestial representa lo instintivo, la fuerza y la astucia. Un príncipe, según las circunstancias, actuará con los procedimientos puramente humanos o con los propios de la bestia. A partir de esta última, el príncipe sabrá imitar a la zorra y al león: porque la zorra no se defiende de los lobos y el león de las trampas. Requiere al mismo tiempo de la astucia de la zorra para evitar las trampas de los enemigos, y de la fuerza del león para aniquilarlos. Dentro del ámbito de los compromisos políticos el príncipe ha de ser como la zorra y no cumplir con la fe pactada, si ello redundaría en perjuicio propio y las razones que le hicieron prometer ya hubiesen desaparecido. El poco valor de las promesas se asienta en la condición humana:

*Si los hombres fueran todos buenos, este precepto no sería bueno; pero, como son malos y no cumplirían su fe con respecto a ti, tú tampoco tienes que cumplirla con respecto a ellos. Nunca le faltan a un príncipe razones legítimas para disimular el incumplimiento de lo pactado (El Príncipe XVIII, 3).*

En Maquiavelo se plantea la concepción de lo humano como ser esencialmente político, que oscila entre lo racional y lo instintivo, con predominancia del segundo sobre el primero. El estudio de la historia permite entender una naturaleza humana inalterable y reiterativa, en un especie de espiral de eterno retorno de las pasiones políticas.

Los príncipes que saben actuar como zorras suelen ser los que más prosperan, pues entienden que en el arte de disimular y traicionar según la conveniencia, reside el éxito político. El parecer, la hipocresía y el disimulo son los que llevan a obtener los mejores resultados, sólo que «es necesario saber encubrir bien este natural, y tener gran habilidad para fingir y disimular: los hombres son tan simples, y se someten hasta tal punto a las necesidades presentes, que quien engaña encontrará siempre quien se deje engañar».

Lo importante de un príncipe no es que posea todas las cualidades sino que *parezca* poseerlas. Resulta bueno para él aparentar

todas las excelencias humanas, incluso el serlo realmente resultaría algo magnífico, pero un príncipe en ocasiones tiene que volverse hacia lo contrario y se ve obligado, para preservar al Estado, de obrar contra la caridad, contra la humanidad, contra la religión misma. La opinión de los súbditos basada en el parecer, tiene mayor crédito en el rango político que el conocimiento —el triunfo de la opinión (*dóxa*) frente al conocimiento (*epistémé*) como el reverso de la filosofía platónica—:

*Es menester que tenga el ánimo dispuesto a volverse según que los vientos de la fortuna y las variaciones de las cosas se lo exijan, y, a no apartarse del senda del bien, mientras pueda, pero que en caso de necesidad sepa entrar en la del mal. Un príncipe, pues, debe tener gran cuidado de que nunca le salga de la boca una cosa que no esté llena de las cinco mencionadas cualidades, y de que parezca, al verle y oírle, todo bondad, todo buena fe, todo integridad, todo humanidad, todo religión. Y no hay cosa más necesaria para aparentar tener que esta última cualidad. Los hombres en general juzgan más por los ojos que por las manos; porque el ver pertenece a todos, y el tocar a pocos. Todos ven lo que pareces, pero pocos comprenden a fondo lo que eres; y este pequeño número no se atreverá a oponerse contra la opinión de la mayoría, sostenida, además, por la majestad del poder del Estado (El Príncipe XVIII, 4-5).*

Lo importante para un político son los *resultados*, sin importar que haya habido buena o mala intención. El pueblo, o hoy en día las masas, juzgan por la apariencia, sobre todo dejándose arrastrar por la opinión pública y lo que ve, mientras que aquello que no pertenece a este ámbito sencillamente «no existe». Por eso el siguiente texto de Maquiavelo tiene una vigencia indiscutible:

*Finalmente en las acciones de los hombres, y sobre todo de los príncipes, que no pueden ser investigadas ante un tribunal, lo que se considera es el resultado. Procure, pues, un príncipe conservar y mantener el Estado: los medios que*

*emplee serán siempre considerados honorables y alabados por todos; porque el vulgo se deja seducir por la apariencia y los acontecimientos, ¿y no es el vulgo lo que constituye la muchedumbre? Los pocos espíritus penetrantes no tienen lugar en él, cuando la mayoría tiene dónde apoyarse (El Príncipe XVIII, 5).*

Otras reglas que ha de seguir el príncipe para no hacerse odioso y despreciable ante sus seguidores es mostrar inconstancia, cobardía e indecisión; más bien debe exhibirse con grandeza, valor y seriedad, procurando que sus sentencias sean irrevocables y no permitiendo ser engañado por nadie. Resulta indispensable el que tenga buenas armas, lo cual le traerá buenos amigos y buenos aliados. Asimismo, no debe trabajar en provecho de otro príncipe, pues ello sería hacerlo más grande y, en definitiva, no sería sino trabajar «por su propia ruina». También debe mostrarse claro al manifestar su amistad o enemistad con tal o cual Estado, no abrazando el partido de la neutralidad, pues ello es propio de los príncipes irresolutos.

En cuanto a la elección de sus ministros y consejeros, éstos serán buenos o no dependiendo de la prudencia del príncipe, la cual lo facultará para conocerlos y determinar su lealtad. Usará para este propósito un «medio que no falla nunca», que consiste en que si un ministro se lo ve pensando más en sí mismo que en el monarca, buscando principalmente su provecho, no es un buen ministro y no se puede fiar de él. Por el contrario, un buen ministro es aquel que no piensa en su interés, sino ante todo en el príncipe, y que no habla con éste sino en lo que atañe a los intereses del Estado. Pero, a su vez, el príncipe debe pensar en su ministro, otorgándole abundantes riquezas y honores, a fin de que tema cualquier cambio y para que sepa que lo es todo gracias al príncipe y nada sin él. Si el príncipe toma consejo, debe ser «cuando él quiere, no cuando lo quieren otros», alejándose así de los aduladores. Por eso, un príncipe prudente debe elegir hombres sabios que le digan la verdad y sobre aquellas cosas que él pregunta. No debe depender de los consejos de sus ministros, porque a la larga alguno le podría arrebatarse la dirección del Estado, sobre todo si

el príncipe carece de prudencia. El príncipe debe percatarse que los hombres suelen ser malos y ávidos de poder, y que su comportamiento es bondadoso por obra de la necesidad.

El príncipe nuevo tiene menor seguridad en su porvenir que el príncipe antiguo. Esto se refleja con claridad cuando Maquiavelo se había referido a los «principados» distinguiendo dos principales:

1. Los *hereditarios*, los cuales son los más fáciles de conservar y «basta con no sobrepasar los límites trazados por los antepasados y acomodarse al dictamen ajeno sobre los acontecimientos». A este principado le dedica poca atención, porque el príncipe hereditario tiene menos posibilidades de perder el trono.
2. Los *nuevos*, los cuales ofrecen verdaderas dificultades para adquirirlos y mantenerlos, sobre todo pensando en la Italia convulsa del Renacimiento. De éstos hay que distinguir:
  - a. Los principados *totalmente nuevos*, y
  - b. los *mixtos*, donde un Estado hereditario conquista y se anexiona un nuevo principado, como cuando España se anexó el reino de Nápoles.

El príncipe nuevo podría incluso consolidarse más que un príncipe procedente de un reino heredado, sobre todo si sus acciones «son juzgadas como fuertes y valerosas (*virtuose*), las cuales ganan y conquistan los corazones mucho más de lo que podría hacerlo la antigüedad de la raza, pues los hombres se sienten mucho más impresionados por el presente que por el pasado». Lo idóneo es que conquiste el poder «con armas propias» y a partir de sus propias cualidades, y no «con las armas de otro», como producto de la casualidad. Por eso debe utilizar un ejército nacional y patriótico, y no ejércitos mercenarios que actúan en función de sus intereses y están dispuestos en cualquier momento a la traición.

El príncipe más estimado es el que obtiene un territorio por su *virtù* (es decir, por su energía, fuerza, empuje, resolución, astucia, ingenio, prudencia calculadora y ferocidad). Por eso no

se trata de una virtud moral o religiosa. Pero ningún príncipe, por capaz que fuera, vive ajeno a las fuerzas determinantes del *fatum* (es decir, el destino, la fatalidad, la fortuna o el hado). La concepción filosófica del mundo de Maquiavelo es bastante tosca y rudimentaria, al asignar que para el éxito de un príncipe se requiere de 50% de *virtù* y 50% de fortuna. Parece, con ello, justificar de manera antojadiza el fracaso de su prototipo de príncipe, César Borgia, quien fue víctima del destino. Maquiavelo realiza un *deus ex machina* político, ello es, como en el teatro antiguo, los dioses intervenían al final de la obra solucionando el conflicto y las acciones humanas eran impotentes. Saltan entonces las preguntas: ¿Puede hacer algo un príncipe «virtuoso» frente a la suerte? ¿Vale la pena esforzarse y derrochar valor si el curso de los sucesos está determinado desde fuera de las posibilidades humanas? La *virtù* es el único antídoto contra los embates de la fortuna, donde conviene ser impulsivo, audaz y autoritario, y no moderado y respetuoso con ella. Con metáforas muy pintorescas Maquiavelo expone lo máximo que humanamente se puede hacer:

*Como nuestro libre albedrío no se podría reducir a la nada, juzgo que puede ser verdad que la fortuna disponga de la mitad de nuestras acciones, pero que deje aproximadamente la otra mitad en nuestro poder. La comparo con uno de esos ríos caudalosos que, cuando se desbordan, inundan las llanuras, derriban los árboles y los edificios, arrancan las tierras de un lado y se las arrastran hasta otro: todos huyen ante sus devastaciones, todos ceden ante su poderío sin poner resistencia. No obstante, y por temible que sea, los hombres no dejan, cuando el temporal ha cesado, de tratar de garantizarse contra éste por medio de diques o muros de contención y otros trabajos; de modo que, al sobrevenir nuevas crecidas, las aguas se encuentren contenidas en un canal y no puedan ya con tanta libertad y ocasionar tan grandes destrozos. Sucede lo mismo con respecto a la fortuna, que muestra, sobre todo, su poder cuando no encuentra una virtud (*virtù*) que le ofrezca resistencia, porque entonces vuelve su furia donde no hay diques u obstáculos dispuestos a detenerla (El Príncipe XXV, 2-3).*

La fortuna es como un río tempestuoso, en donde no hay cabida para los que se acobardan nadando contra corriente o aferrándose a alguna rama en espera de ser salvados; sólo el que nada audazmente con el impulso de la corriente es el que puede alcanzar la *virtù*. En los *Discorsi* es claro en su posición:

*Afirmo una vez más ser absolutamente cierto y estar demostrado en toda la historia que los hombres pueden favorecer a la fortuna y no resistirla; pueden tejer sus hilos, pero romperlos. No deben abandonarse a ella porque, ignorando sus designios y caminando la fortuna por desconocidas y extraviadas sendas, siempre hay motivos de esperanza que sostendrán el ánimo en cualquier adversidad y en las mayores contrariedades de la suerte (2000, 298-299).*

## CONCLUSIÓN

Maquiavelo ha sabido secularizar y exaltar el Estado demoliendo las estructuras políticas de orden feudal: hostilidad contra los Imperios medievales y las aristocracias nobiliarias; menosprecio por una injerencia religiosa que promueve una vida entregada a la contemplación de las cosas divinas y no a una vida activa. Su exaltación es hacia una República autoritaria, comandada por un líder que sepa imponer orden, dada la índole de la condición humana. Las relaciones entre los Estados son «realistas», o sea, existe una necesidad natural entre ellos a extenderse y dominar. La moral y el derecho internacional carecen de sentido verdadero y en el fondo son pura apariencia. Una promesa o un tratado tienen valor si siguen la misma dirección que los intereses del príncipe; éste no perderá ocasión de extenderse en perjuicio de los demás. Sin embargo, habrá ocasiones en que no debe acometer ciertas conquistas, ya sea porque están demasiado alejadas de su territorio o son difíciles de anexar. Si su Estado se impone sobre otros, sabrá justificarlo a pesar de los medios empleados, los cuales con el tiempo serán considerados «honorables». Se trata de una razón o necesidad de Estado, que el gobernante

debe implementar a fin de obtener el éxito político. Pero esto se lleva a cabo en medio de un universo plagado de hombres interesados, donde todo está permitido: el problema estriba en saber calcular las acciones y saber cuándo aplicar la fuerza y la astucia. Ello incide en la importancia de la organización militar de un Estado y las adecuadas relaciones entre el gobernante y los ciudadanos que lo siguen.

## BIBLIOGRAFÍA

- Arocena, Luis, *Maquiavelo. Estudio preliminar a El Príncipe*. Madrid: Revista de Occidente, 1959.
- Brion, M., *Maquiavelo*. Barcelona: Javier Vergara Editor, 2003.
- Cassirer, Ernst, *El mito del Estado*. México: Fondo de Cultura Económica, 1974.
- Conde, F. J., *El saber político en Maquiavelo*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1984.
- Chabod, Federico, *Escritos sobre Maquiavelo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Chevallier, Jean-Jacques, *Los grandes textos políticos desde Maquiavelo a nuestros días*. Madrid: Aguilar, 1972.
- Ebenstein, W., *Los grandes pensadores políticos*. Madrid: Revista de Occidente, 1966.
- Echandi Gurdíán, Marcela, "El concepto del hombre y la idea del Estado como categoría ontológica en Nicolás Maquiavelo". Universidad de Costa Rica, 2000.
- Federico II, rey de Prusia, *Antimaquiavelo o Refutación del Príncipe de Maquiavelo*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1995.
- Gautier Vignal, L., *Maquiavelo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1970.
- Heers, Jacques, *La Corte de los Borgia. Vida y costumbres en la historia*. Buenos Aires: Editorial Javier Vergara S. A., 1993.
- Maquiavelo, Nicolás, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Madrid: Alianza Editorial, 2000.
- Maquivelo, Nicolás, *El Príncipe*. Bogotá: Editorial Bruquera, 1980.
- Marcu, V., *Maquiavelo: La Escuela del poder*. Madrid: Austral, 1945.
- Renaudet, Agustín, *Maquiavelo*. Madrid: Editorial Tecnos, 1965.
- Ridolfi, Roberto, *Vida de Nicolás Maquiavelo*. México: Editorial Renacimiento, 1961.
- Romero, José Luis, *Maquiavelo historiador*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1986.
- Sabine, G. H., *Historia de la teoría política*. Madrid: F. C. E. De España, 1976.
- Skinner, Q., *Los fundamentos del pensamiento político moderno. El renacimiento*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Skinner, Q., *Maquiavelo*. Madrid: Alianza Editorial, 1984.
- Touchard, Jean, *Historia de las ideas políticas*. Madrid: Editorial Tecnos, 1999.
- Uscatescu, J., *De Maquiavelo a la razón de Estado*. Madrid: Imprenta de J. L. Cosano, 1951.
- Villari, Pasquale, *Maquiavelo, su vida y su tiempo*. Barcelona: Grijalbo Mondadori, 1984.